

BIBLIOGRAFIA

PRAELECTIONES BIBLICAE AD USUM SCHOLARUM a R. P. Adriano Simón, C. SS. R., S. Script. Lectore, concinnatae. NOVUM TESTAMENTUM. VOL. II. Introductio et Commentarius in Actus Apost., Epistolas et Apocalypsim. Matriti-Barcinone, 1922. Pags. XIV + 409. (144 X 226 mm.)

Tenemos el gusto de presentar y recomendar por segunda vez este excelente Manual Bíblico, muy especialmente como libro de texto para las clases de Sagrada Escritura.

Comprende este segundo volumen del Nuevo Testamento tres libros. En el primero se exponen los Hechos de los Apóstoles, en el segundo las Epístolas de San Pablo, en el tercero las Epístolas Católicas y el Apocalipsis. Además de las múltiples cuestiones introductorias nos ofrece el autor, y este es el principal mérito de la obra, muchas notas exegéticas y verdaderos comentarios, principalmente de las Epístolas de San Pablo. Claro está que no podían comentarse en una obra de semejante índole todos los libros que estudia. Y esto supuesto, nadie negará que la selección de los pasajes comentados está generalmente bien ideada.

Los méritos de este nuevo volumen no desdicen de los que ya notamos en el primero. Llama luego la atención el conocimiento que muestra el autor de la literatura concerniente a los libros que va exponiendo. A la bibliografía general puesta al principio se añaden en el curso de la obra numerosas indicaciones bibliográficas de los libros o artículos de Revistas más recientes. En los esquemas que presenta de los diferentes libros es notable la exactitud y verdad con que la división propuesta por el autor responde al orden real del libro y a su desenvolvimiento lógico. La cronología de los tiempos apostólicos está tratada, en medio de la necesaria brevedad, con conocimiento de causa y con buen criterio (págs. 9-14).

Más apreciable es todavía el fino exegético que muestra ordinariamente el autor. Podrá uno aceptar o no su solución; pero nunca se tropieza con interpretaciones disparatadas. Citaremos como ejemplo de su buen sentido exegético la interpretación que da a los *elementos del mundo* (pág. 73), la realidad histórica que reconoce a los ágapes (pág. 128), lo que enseña sobre la universalidad de la muerte (págs. 144-145), la exactitud con que interpreta a nuestro juicio aquellas expresiones de la Epístola a los Romanos *secundum Spiritum sanctificationis ex resurrectione mortuorum* (pág. 154).

En la interpretación general que da al Apocalipsis nos complacemos en que el autor coincida sustancialmente con lo que hace años escribíamos sobre *El buen sentido en la interpretación del Apocalipsis*. En particular, no podemos menos de aprobar la interpretación que da el autor a la Mujer del capítulo XII, que, como escribíamos en ESTUDIOS ECLESIÁSTICOS (tom. I, núm. 4, octubre de 1922, págs. 319-336), es la Virgen María, aunque secundariamente, bien puede admitirse que la Virgen es tipo o símbolo de la Iglesia.

Al buen sentido exegético responde el buen criterio católico. Aplaudimos la insistencia con que el autor descarta toda interpretación que menoscaba la noción católica de la inspiración divina y consiguientemente todo error, aun mínimo, en los libros inspirados. Y hace bien el autor en llamar la atención sobre algunas vacilaciones o incoherencias de algunos católicos en esta ma-

teria. La manera con que el autor rechaza todo error en los Apóstoles sobre el segundo advenimiento de Jesucristo creemos que es la única que autorizan las enseñanzas de la Iglesia en esta materia. No es menos digna de alabanza la resolución con que se descartan las intrusiones místicas en los símbolos del Apocalipsis.

Otros méritos podríamos notar en el libro, como la oportunidad con que se apuntan las aplicaciones dogmáticas de algunos pasajes, el útilísimo índice alfabético puesto al fin de la obra, el mapa puesto al principio...

Pero por lo mismo que la obra se nos merece tan grande aprecio, nos permitiremos hacer algunas observaciones, que sometemos al juicio del ilustre autor y que acaso podrían tenerse en cuenta en ulteriores ediciones para valorar el mérito de la obra.

Por de pronto el mapa sería más útil, si se le añadiesen las líneas que señalan la longitud y la latitud geográficas. Y ya que no ha sido posible que el comentario fuese completo, sería oportuno poner al fin un índice de los pasajes comentados. En este punto se echan de menos algunos pasajes importánssimos desde el punto de vista dogmático, como, por ejemplo, Rom. 16, 25-27 y los varios pasajes soteriológicos de la Segunda a los Corintios.

Algunas veces, quizás demasiadas, el autor, contento con enunciar las diferentes interpretaciones, deja de manifestar su opinión. Así deja sin resolver la cuestión sobre los destinatarios de la Epístola a los Gálatas. En la exposición de *Primogenitus omnis creaturæ* (Col. 1, 15; pág. 265) no se dan a conocer las controversias y diferentes explicaciones católicas de este importante pasaje.

No es tan propio de quien hace la reseña de un libro discutir las opiniones. Así nada decimos de la interpretación que da el autor al *stimulus carnis* (pág. 54) de que habla San Pablo (2 Cor. 12, 7). En una cosa solamente queremos señalar la divergencia de interpretación, y es sobre aquel texto de los Hechos (20, 28) *in quo vos Spiritus Sanctus posuit episcopos...* Prescindiendo de las razones internas, nos parece que la insistencia, con que la Iglesia en los Concilios y definiciones dogmáticas y en otros muchos documentos solemnisimos interpreta este pasaje de los Obispos, no permite a los católicos entenderlos de otra manera. Que no se trata aquí de los argumentos en que la Iglesia apoya sus definiciones, y a los cuales no se extienda su infalibilidad: se trata de la interpretación que da la Iglesia constante y solemnemente a un pasaje de la Escritura: y de semejante interpretación no es lícito apartarse.

Por fin, descendiendo a algunas menudencias, notaremos que la ortografía adoptada por el autor se apara en algunas cosas de la que ya se ha hecho corriente y parece puede tenerse como cierta. Por ejemplo, el autor escribe *coelum*, *poenitentia*, *obedientia*, *concio*, *inficiari...* en vez de *caelum*, *paenitentia*, *oboedientia*, *contio*, *inficiari*, que pueden darse ya como ortografía correcta y definitiva. Tampoco parecen correctas las transcripciones *Quaeremon* y *Ptolomaei* (pág. 115) en vez de *Chaeemon* y *Ptolemaei*. También hubiera sido de desear mayor corrección en las palabras griegas. Dejando los numerosos pasajes en que las erratas versan sobre espíritus y acentos, notaremos solamente algunas palabras en que la errata llega a las mismas letras:

Pág. 20: *συνέβαλον* por *συνέβαλλον*; pág. 69: *προσκεκυρωμένην* por *προκεκυρωμένην*; pág. 78: *τῇ* por *ῃ*; pág. 84: *χορινθίασσαν* por *χορωθίαζεσθαι*; pág. 110: *συγνώμην* por *συγνώμηην*; pág. 181: *ἀρροβυτίας* y *πατρός* por *ἀρροβυστίας* y *πατρός*; pág. 279: *πατείσθαι* por *παραπτείσθαι*; pág. 374: *ἐκληρία* por *ἐκκληρία*...

Pero éstas son menudencias que no disminuyen el altísimo mérito de la obra, la cual de nuevo recomendamos como excelente libro de texto para las clases de Sagrada Escritura, a las cuales lo ha destinado el esclarecido autor,

J. M. BOVER.